

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 160.

Alicante 20 de Diciembre de 1873.

Año IV.

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

I.

Entre las grandes fiestas que celebra la Iglesia católica, es esta una de las mayores, mas magníficas y mas importantes, como que es el exordio de nuestra religion. Yacía el mundo envuelto en las tinieblas de la muerte hacia cuatro mil años, sin que en lo humano pudiera vislumbrarse medio que le levantase de la abyeccion en que se hallaba sumergido. Víctima de sus desbordadas pasiones, y sin mas luz que los opacos destellos de una razon obscurecida y extraviada por los vapores de aquellas y por el peso de la primera culpa, el hombre caminaba con paso incierto deseando y esperando ver aparecer el astro que disipase tan densas nieblas. El instinto natural del hombre sostenia aquel deseo, y la fuerza de los vaticinios de los profetas alimentaba la esperanza en la venida del gran Reparador del género humano.

Los deseos no fueron estériles, ni las esperanzas fueron fallidas. ¿Ni cómo habian de serlo, cuando el

mismo Dios lo prometió en el paraíso á nuestros primeros padres? La promesa de Dios no podia faltar, y no faltó. Llegó el dia prometido, y el Reparador del linaje de Adán apareció entre nosotros para llevar á cabo su divina y salvadora mision, sin la que el mundo seguiria cubierto por las mismas sombras de la muerte. La conmemoracion de este grande y portentosísimo misterio, esto es, el nacimiento de Dios hecho hombre, teniendo por Madre una Vírgen, es la gran solemnidad que celebra la Iglesia en el próximo dia de la Natividad del Señor.

Este es el dia en que de la tierra nació la verdad, dice David (Salmo 84), y la justicia nos miró con piedad desde el cielo. La verdad que está en el seno del Padre, dice San Agustin, nació de la tierra para estar tambien en el regazo de la Madre. La verdad que contiene en sí al mundo, nació de la tierra para ser llevada en brazos de una mujer. La verdad que de un modo incorruptible sustenta á los Angeles, nació de la tierra para ser alimentada á los pechos de una Vírgen. La verdad que no cabe en el cielo, nació de la tierra para ser reclinada

en un pesebre. ¿Para quién vino con tanta humildad la alteza de la soberana magestad? No vino para sí, sino para tí. Despierta, mortal, y aviva tu fé. Por tí se ha hecho hombre el Hijo de Dios. Tú que duermes, levántate, y no estés mas enterrado con los muertos, y Cristo te alumbrará, (S. Pab. ad Ephes. V). Muerto quedáras para siempre, si no hubiera él nacido por tí en la plenitud de los tiempos. No fueras libre de la carne del pecado, si no hubiera él tomado la semejanza de la carne del pecado. Dominariáte la miseria, si no obrara él por tí esta misericordia. No resucitáras, si él no naciera, desfallecerías si no te socorriera, perecerías si no viniera.

¡Qué elocuente es el pesebre en que nace Jesús! ¡Portento admirable y nunca visto! ¡Cuánta grandeza! ¡cuánta humildad! ¡Oh cuán instruidos saldrian los hombres, si supiesen penetrar y comprender toda la enseñanza que encierra la gruta de Belen! ¡Cuán superior es la filosofía que brota de este divino manantial, sobre toda la filosofía mundana de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos!

El mundo entero ha seguido á los pastores, á quienes los Angeles anunciaron el divino Nacimiento, al establo de Belen. Prosternado ante el pesebre, regando con lágrimas el lecho donde descansa un Dios, se anonada el hombre en un éxtasis de amor, de adoracion y de

reconocimiento. ¡Así era en efecto como debia nacer un Dios! Si la miserable vanidad humana hubiera tenido que escoger su cuna, la hubiera sin duda colocado sobre las gradas de su trono; la hubiera rodeado de todas los cuidados y de todo el celo de una multitud servil; hubiese despertado el estrépito de las trompas sonoras los ecos lejanos, anunciando á la tierra el nacimiento de un nuevo Señor, y se hubiera estremecido la cabaña al oír la señal esperada del palacio.

¡Cuán pobres son las magestades de este mundo ante Dios! ¡qué silencioso le parece el estampido de nuestros truenos! ¡cuán nada nuestras grandezas! Lo que llamamos riqueza solo es un manto prestado para cubrir nuestras miserias reales: lo que se adorna con el nombre de poder, solo es una muestra de una servidumbre mas patente. Al descender, pues, Dios á este mundo, no podia enlazarse con nuestras falaces pompas.

«Pero el buey del establo reconoció á su Criador, y el asno supo distinguir el pesebre de su Dios» (Isaias I.) Los Angeles visitaron las campiñas de la Natividad, como en los dias en que Job apacentaba en ellas sus ganados. «Los pueblos sentados en las tinieblas, en la sombra de la muerte,» inclinados bajo un yugo de hierro, «vieron elevarse la luz.» (Isaias IX). Hánse verificado los decretos de salvacion, registrados desde la eternidad en los consejos de la Providencia. «El

Verbo se ha hecho carne. Gloria á Dios en los esplendores del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Los pastores son los primeros adoradores del Rey inmortal de la paz, que acaba de nacer; las primicias del divino Pastor que vá á reunir los rebaños de las generaciones humanas en el redil de su Iglesia. María, la Virgen Inmaculada, los introduce cerca del Niño, á quien han envuelto sus manos en pañales; á quien tiene derecho de llamar hijo suyo y el deber de adorar como á su Dios. José, el heredero de David, contempla con ellos al jefe prometido de Israel, cuyo reinado no tendrá fin. La narracion de los pastores circula entre la multitud atraída á Belen por el edicto de Augusto, y se despierta la admiracion sobre el pesebre donde reposa un Niño. Solo convenian tales pompas al Verbo encarnado, pues resalta mas su divinidad en la desnudez del establo y en la humildad del pesebre.

Adoremos las divinas maravillas del pesebre, diciendo con San Epifanio: «El establo de Belen es el cielo entero que ha bajado á la tierra. Las gerarquías angélicas rodean la cuna del Verbo hecho carne. Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

«¡Oh milagros! ¡Oh prodigios! ¡Oh misterios! exclama San Agustin. Háse suspendido el órden de la naturaleza: Dios nace hombre; una

Virgen se hace fecunda, conservando su virginidad inmaculada; ¡inefable alianza de la palabra de Dios con aquella que no conoce varon! Una madre permanece virgen: la maternidad no altera la flor de Israel. Dios, Aquel que es, y que era Criador, se hace criatura; lo inmenso se reduce para que lo abarquen nuestros brazos: hácese pobre la riqueza eterna, revístese de carne lo incorporeal: se vé lo invisible; se toca lo impalpable; se mide lo incomensurable: Aquel, á quien bendicen cielos y tierra, está reclinado en el estrecho espacio de un pesebre.»

A la vista de él se abate todo humano orgullo, toda infernal soberbia. Porque ¿quién se atreverá á levantarse en alas del propio orgullo y amor desordenado de sí mismo, cuando el Autor de lo criado se baja á la humillacion de un establo? ¿Quién se atreverá á negar el afecto á su hermano, cuando el Señor de cielos y tierra se vuelve todo amor para todos, así para los que le aman, como para los que le aborrecen? ¿Quién se atreverá á rebelarse contra sus legítimos superiores, cuando el Rey de cielos se somete á las potestades de la tierra, y precisamente por cumplir sus mandatos nace en un pesebre?

He aqui una cátedra de verdadera enseñanza para todos los estados de la vida humana: hé aqui una cátedra de verdadero derecho público y privado: hé aqui la base fundamental de la mas sana y prove-

chosa filosofía: hé aqui el manantial fecundo é inagotable de las solas aguas que pueden lavar y salvar á la sociedad enferma de la peste de las malas doctrinas y de las ruines pasiones.

Entrémos en las profundidades de este portentoso acontecimiento; penetrémosle con los ojos de la fé; desentrañemos sus maravillosas consecuencias para la vida y porvenir de la humanidad, y desde luego comprenderemos los infinitos bienes que le ha reportado. Inmenso campo ofrece á nuestro estudio y meditacion la gruta de Belén. Estudiemos y meditemos, si deseamos participar de los gérmenes de salud que en ella se encierran.

Celebremos, pues, con entrañable júbilo la venida de nuestra salud. Hagamos gran fiesta en este dia hecho por el Señor; dia de gozo verdadero é íntimo para el humano linaje; dia en que el dia grande y eterno, naciendo del dia grande y eterno, viene á este dia nuestro temporal y brevísimo, segun espresion de S. Agustin. Cristo que dice; *Yo soy la verdad*, ese ¡mismo nace de una doncella: el que cree en el recién nacido, alcanza la gracia del cielo con que son los indignos santificados. Avivemos la fé, miremos bien con los ojos de ella al Niño que hoy nace, y veremos morar entre las criaturas al Verbo por quien fueron hechas todas las cosas.

Viene á dar gloria al Padre el que

dió el ser á la Madre: Hijo es de Dios con Padre y sin Madre; Hijo de hombre con Madre y sin Padre: grande en el dia de los Angeles, pequeño en el dia de los hombres: Verbo-Dios antes de todos los tiempos, Verbo carne en la plenitud de los tiempos. El que crió todos los siglos en el seno del Padre, consagra este dia naciendo de las entrañas de la Madre: Criador de María, nacido de María; hijo de David, y Señor de David: descendiente de Abraham, y anterior á Abraham: en el mundo menor en edad que sus siervos, en la eternidad mas antiguo que el mismo mundo: allí queda, de aquí procede: inefablemente sabio, y sabiamente niño: llena el mundo, y yace en un pesebre: rige las estrellas, y toma el pecho para alimentarse: es engendrado por la Madre á quien él crió, es llevado por las manos que él formó, alimentado por los pechos que él llenó: grande en el ser de Dios, pequeño en la forma de siervo; ni esta pequeñez disminuye aquella grandeza, ni aquella grandeza oprime esta pequeñez: toma los miembros humanos, mas no deja las obras divinas: en el vientre es hospedado, no encerrado; recibido, no oprimido. Para los Angeles es bienaventuranza, para nosotros precio y prenda de la misericordia con que nos quiere salvar. Hácese el Verbo carne sin dejar de ser Dios: en la carne que toma nace *Emmanuel*, esto es, Dios con nosotros. No pierde en la carne la eternidad, mas

á la carne dá la inmortalidad: hácese mudo entre los sollozos de la infancia el Verbo sin el cual es muda la elocuencia.

¿Qué gracias daremos á Dios por esta merced? ¿con qué se la pagaremos? Miremos lo que por nosotros ha hecho Dios: aprendamos la doctrina de la humildad en este maestro que todavía no habla. Elocuente fué Adán en el paraíso poniendo á cada cosa su propio nombre: el Criador hecho niño por nosotros no despliega los labios ni aun para llamar á su Madre. Adán en aquel ancho huerto de árboles frutales se perdió por el desprecio de la obediencia: Él obediente en un pesebre estrechísimo, viene hecho mortal para buscarnos á nosotros muertos, muriendo. Adán siendo hombre, quiso ser Dios para perecer: Él siendo Dios, quiso ser hombre para hallar y ganar al perdido. «Tan oprimidos nos tenía la humana soberbia, que solo podía librarnos la humildad divina.» (S. Ag. serm. 188) Cristo nace, alentémonos; no dudemos que renaceremos á la vida que nos trajo y á la inmortalidad que nos mereció.

LA VIGILIA DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

Es esta una gran festividad, la del Nacimiento del Señor, para la cual siempre se han preparado los cristianos por medio

de la abstinencia de manjares y la práctica de obras buenas, á fin de celebrar tan inefable misterio con un corazón purificado por la penitencia.

En la ley general de la Iglesia, que por evitar los abusos de la humana corrupción prohibió las congregaciones nocturnas de los fieles en las vigilias de sus festividades, no fué comprendido el oficio de la Natividad del Señor, que se celebra en el templo por la noche y á puertas abiertas. Para esta solemnidad ha dispuesto la Iglesia que sobre el tiempo de Adviento, tiempo de penitencia y mortificación, se preparen los fieles en la vispera con la oración y el ayuno que á este fin les prescribe. En los siglos floridos de la Iglesia, era guardado este ayuno con tanto rigor, que S. Agustín depuso y desterró de su diócesis á un cura párroco, por haber faltado á aquel precepto.

Por esta severidad de un Prelado tan benigno como lo fué S. Agustín en todo, se colegirá el rigor con que el pueblo guardaba este ayuno, preparándose con él para la muy solemne festividad que vamos á celebrar. ¿Qué diremos de lo que pasa entre nosotros con el ayuno de este día? ¡Cuán desfigurado esta! No sabemos por qué muchos le llaman ayuno, no habiéndole dejado ni el esqueleto de tal. Una gran parte de los cristianos ayunan mientras dura la claridad del día: llegada la noche pierden el mérito de su abstinencia, entregándose á comer y beber con toda soltura, como si no hubiera ley que se los estorbare. Y llaman colación á lo que es cena y muy espléndida, donde la abundancia y variedad de manjares provoca á la concupiscencia irritada

á que se burle de la tasa que le pone la Iglesia. Y muchos no solo quebrantan la ley del ayuno, sino las de la moderacion y templanza cristiana.

Lo que pasa en este punto no se puede oír sin lamentarlo hondamente. Aun viéndolo, se hace increíble que en un día tan devoto y tan santo, que se nos dá para que limpiemos nuestro corazón de toda impureza y demasia, y le hagamos morada digna del autor de la santidad que viene á la tierra, suelten los cristianos los diques de la gula, sin que haya autoridad humana ni divina que los contenga.

Está el mundo tan libre ya y desaforado en este desorden, que no solo lo abriga y se alza con él en público, mas aun procura encubrirlo con la capa de religion. Así se vé que muchos en sus colaciones mundanas calumbian á los buenos que no les siguen, diciendo que cualquier esceso en comer y beber es señal de alegría cristiana y de júbilo propio de la *Noche buena* y obsequio que se hace al Salvador en su venida al mundo.

Insensata eres, sabiduría de los sentidos! Sola tú pudieras haber hallado el secreto de obsequiar á Cristo quebrantando las leyes de su Iglesia! Mas sábia debes de ser tú que la Iglesia, pues mandando ésta á sus hijos que ayunen, tú los convidas á que se hartan. Mejor sabrás tú que ella lo que conviene á sus hijos, pues quieres que sus leyes sean despreciadas y las tuyas abrazadas. Bien se echa de ver el impulso que en todo te mueve. La Iglesia es animada por el Espíritu Santo: á ti que la contradices, ¿qué espíritu te animará?

Nosotros, siguiendo las inspiraciones

de la Iglesia, no demos oídos á los que en esa santa noche nos convidan á sus banquetes: cerrémoslos á los clamores del mundo, y abrámoslos á la voz de la Iglesia: no cambiemos los nombres de las cosas llamando abstinencia á la gula, compuncion á la disolucion, y obsequio de Dios á la servidumbre de los sentidos. Antes por el contrario, allanemos el camino á la venida del Niño de Belen, quitando las malezas de la culpa que lo obstruyen, y purificando nuestros corazones con el ayuno en la Vigilia de la conmemoracion de su Nacimiento temporal.



CARTA PASTORAL

QUE EL ECXMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE VALENCIA, DON MARIANO BARRIO FERNANDEZ, DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS.

Nos Dr. D. Mariano Barrio Fernandez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, Arzobispo de Valencia, etc., etc.

Al Venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Metropolitana, al respetable Clero y fieles todos de nuestro Arzobispado, saludamos afectuosamente en Jesucristo, que es la verdadera salud.

Amadísimos hermanos é hijos: el tiempo santo de Adviento que se aproxima, así por su institucion como por su mismo significado, nos convida, amadísimos Hijos, al recogimiento y oracion. En los días de Adviento, debemos prepararnos humildemente á la Pascua del Nacimiento

temporal del Hijo eterno de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que se abatió hasta vestir la débil y miserable naturaleza del hombre, para ensalzar al hombre caído por la culpa hasta la dignidad del hijo adoptivo de Dios, y heredero de su reino.

Para celebrar dignamente el aniversario de este nacimiento, bajo todos conceptos admirable; de este suceso tan asombroso que tuvo en espectacion prolongada á los siglos y á las naciones, justo es que nos preparemos con la oracion y esmerado ejercicio de las buenas obras.

Pero si á esta cristiana consideracion añadimos la del estado angustioso en que se halla la Iglesia nuestra buena Madre, en todas partes, perseguida y oprimida por la impiedad; si fijamos la vista en nuestro padre amantísimo el Vicario de Cristo el magnánimo Pio IX, tan grande en sus sufrimientos y en su encarcelamiento, en su heroismo inquebrantable, como en el ejercicio y enseñanza de todas las virtudes que nos llena de asombro, y al propio tiempo de amarguísimo dolor; si contemplamos por fin el aspecto lastimoso de nuestra amada pátria y de todas las naciones, divididas, dominadas por partidos políticos, que se suceden respectivamente por medios nada nobles, y pretestando fines de pública conveniencia, que en la práctica convierten en su exclusiva utilidad, esquilmando la estenuada sustancia de los pueblos; si consideramos todo esto y sus consecuencias necesarias, ¿quién es el que no se convence de la imperiosa necesidad que tenemos de orar y levantar nuestro corazon al cielo pidiendo misericordia?

Ciertamente, amadisimos hijos, que

no tenemos otro consuelo ni tampoco otro camino. No vamos en este instante á examinar las tristes causas que nos han conducido á tan apremiante como dolorosa necesidad. Solo os diremos que las naciones de Europa, con inclusion de nuestra España, que han debido su civilizacion al Evangelio de Jesucristo, como lo demuestra la historia, ingratas y desleales le han vuelto la espalda y se han declarado sus enemigas. Esta verdad es dura y muy triste, pero ciertísima. Las consecuencias no se han hecho esperar mucho. Ved todas esas naciones colocadas en manos de su propio consejo, y de este emanan la confusion en las ideas y todos los demás males que estamos experimentando.

Si, de nuestro propio consejo ha emanado la titulada libertad de pensamiento; y en la época de los libre-pensadores observad que nadie se eleva mas arriba de la materia, de los goces, de su interés, de la codicia, de la ambicion.

La historia nos enseña que de los libre-pensadores no ha salido ningun gran pensador.

De nuestro propio consejo ha emanado la omnimoda libertad de escribir, de hablar y de discutir, sin respeto alguno á lo mas sagrado que hay en el cielo y en la tierra; y esta omnimoda discusion ha colocado en la esfera peligrosa de la duda, lo que se hallaba justamente en la esfera salvadora de las verdades. Además de que con tanto hablar y tanto escribir se ha formado en derredor nuestro una atmósfera, que á manera de Océano nos ahoga con palabras y con escritos, y por otro lado la omnimoda discusion ha colocado los corazones y espíritus en un

páramo el mas desierto de las ideas y verdades que animan los corazones y dan vida á los pueblos.

De nuestro propio consejo es la soberanía de la razon, con la cual es incompatible el principio de fé y el principio de autoridad, y sin estos es imposible toda sociedad.

De nuestro propio consejo es la tan decantada dignidad, independendencia y derechos del hombre; el hombre no es ni puede ser independiente: es una criatura, y aunque racional, ha nacido para obedecer. Tiene derechos, pero estos se fundan en las obligaciones de unos con otros hombres ¿Sabeis cuál es el código que asi lo garantiza? «Amarás al prójimo como á ti mismo por Dios.» Ved aquí asegurados nuestros derechos por medio de las obligaciones. Sin estas son imposibles los derechos. La dignidad del hombre consiste en su elevacion á heredero del reino de los cielos, mediante la muerte y pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Preciso es que sepais que el hombre por más que se llame independiente, ni lo fué, ni lo ha sido, ni lo será. O ha de servir á Dios ó servirá á Satanás disfrazado en todas y cada una de las pasiones.

Así sucedió en el paraiso al primer hombre, así ha sucedido á las ingratas naciones de Europa, que por no servir á Jesucristo se han degradado, se han paganizado, y servilmente se sujetan á las pasiones, á la arbitrariedad, á la injusticia, á la licencia y al despotismo de la fuerza.

¡Qué abuso tan lamentable, amadísimos hijos, de los mismos medios que, utilizados racionalmente, debieran serlo

de sólida ilustracion, de paz, de union y de concordia entre los pueblos y entre las naciones! Pero el hombre orgulloso lo ha trastornado todo, y separándose de la luz divina de Aquel, que es á un mismo tiempo verdad, camino y vida para pueblos y naciones, con su abuso y su consejo propio los conduce derechamente á la barbarie intelectual y á la barbarie moral que será seguida necesariamente de la material, como dice el ilustre escritor Gaume, si Dios Nuestro Señor por su infinita misericordia no pone remedio.

Tal es el estado aterrador que presentan las cosas y los hombres: cuando en los códigos fundamentales de las naciones presidia el espíritu y doctrina de Jesucristo, entonces no se tergiversaba la idea de la justicia, ni podia ser sustituida por la conveniencia particular; el principio de autoridad estaba colocado á la altura que corresponde; la familia era reputada como una obra inmediata de la mano de Dios, y nadie osaba poner en duda los derechos de la propiedad; la fé llevaba á la region de las conciencias y colocaba en ellas como en un sagrado tabernáculo estas bases sociales, como emanaciones de la Divinidad, y eran justos objetos de respeto y de veneracion, y constituían la solidez de las naciones y tranquilidad de los pueblos. Pero hoy que las naciones oficialmente se emancipan y desentienden de Dios, y hasta niegan ó permiten que se niegue su existencia, ¿con qué títulos y credenciales han de merecer ellas el respeto de los hombres? Ved aquí explicado el menosprecio con que hoy vemos desgraciadamente tratados los objetos venerandos, así en

el orden religioso, como en el orden social y moral. Por respeto á Dios son respetadas todas las personas y las cosas. Sin el respeto á Dios nada se hace respetable.

La fuerza se hace obedecer; la conciencia no toma parte alguna: esa obediencia es propia de los animales.

¡Qué consideraciones tan tristes, amadísimos hijos! Llenan el corazón de espanto y conducen las lágrimas á los ojos. ¿Quién, pues, volvemos á preguntar, no se convence de la gravísima necesidad de orar y pedir á Dios misericordia?

Oh España! tú también te has separado de tu Dios y de tu Señor; tú, que bajo el dulce cetro de Jesucristo y la protección maternal de María Santísima fuiste la nación mimada del cielo y alcanzaste un poderío y dominio que solo pudo medirlo el curso del sol, tú también te has separado de tu Dios y de tu Madre, y de Señora que fuiste de las naciones, has venido á ser lo que tu sabes, lo que tu ves, lo que tu espermentas.

Solo te diré que tu poderío antiguo estuvo al nivel de tu fé y de tu religiosidad: que la decadencia de tu grandeza y gloria ha sido precedida de tu decadencia en la fé, en tu religiosidad, en tus buenas obras, en tu tierno amor á la que no ha dejado de darte pruebas de su especial cariño, María Santísima, hasta el punto de reputarte como nación suya, el patrimonio de María. Tú tienes mucha necesidad de orar, para que vuelvas á ser lo que fuiste y dejes de ser lo que eres.

De todos es la necesidad de orar: nuestro Santísimo Padre Pio IX lo está encargando cada instante á los hijos de to-

das las naciones que le visitan, y no hace muchos meses que al recomendar este paternal encargo de la oración, para más inclinarnos á ella y á las buenas obras, abrió generosamente el tesoro de las indulgencias, concediendo una plenaria á los fieles que confesados y comulgados en el día que designare el Prelado de cada diócesis, orasen piadosamente con estas ó semejantes palabras: «Venid, Señor, no tardeis, venid, perdonad á vuestro pueblo, absolved á vuestra plebe de sus maldades, mirad vuestra desolación: no presentamos nuestras plegarias ante vuestro acatamiento apoyados en nuestros méritos, sino en la muchedumbre de vuestra misericordia: usad de vuestro poder y venid; mostradnos vuestro rostro y seremos salvos.»

Los celosos directores de varias asociaciones erigidas en nuestra España, han suplicado también con humilde instancia á los Prelados que procuremos utilizar la próxima festividad de la INMACULADA CONCEPCION de María Santísima, Patrona de las Españas, para rendir á la señora un tributo de nuestro amor, renovándola al propio tiempo de una manera ostensible nuestra filiación y clientela, ofreciéndola nuestras personas, nuestros intereses, la España toda como á nuestra Madre y Patrona desde que nos significó su especial cariño, apareciendo sobre la columna en la ribera del Ebro, cuando aun vivía en carne mortal entre los hombres.

Nos ha parecido muy justo este piadoso y filial deseo; y satisfaciendo al propio tiempo el de nuestro Santísimo Padre y la comun necesidad, ordenamos que en todas nuestras iglesias parroquia-

les se haga la novena á María Santísima en su *Concepcion Inmaculada*, en aquella forma que permitan el haber y el estado de cada iglesia, principiándola en tiempo oportuno para concluir el día de la Santísima Virgen, cuyo día señalamos para que todos los fieles confesados y comulgados puedan ganar la indulgencia plenaria concedida por nuestro Santísimo Padre en la forma que vá indicada. Al fin de cada ejercicio de la novena el párroco ó sacerdote que la haga leerá en alta voz, y en nombre de todos, la oracion que se insertará á continuacion de esta carta, pues en ella se renueva nuestra filiacion y consagracion á María Santísima. (1)

Asimismo en cada día de la novena dispondrá el párroco que al Ofertorio de las Misas matutinal y parroquial se lea en voz alta la misma oracion para que todos se adhieran á su contenido.

Por cada una de las obras buenas que durante la novena se practicasen por los fieles, concedemos ochenta días de indulgencia, y pueden encaminarse á los santos fines que Su Santidad se propuso al conceder la indulgencia plenaria de que hemos hecho mencion, la que por medio de sufragio puede tambien aplicarse por las almas de nuestros deudos que se hallaren en el Purgatorio.

Procuremos todos, amadisimos hijos, unirnos en espíritu al derredor de aquel venerable anciano, modelo de virtudes y vice-Dios en la tierra, á quien la ingratitude revolucionaria tiene encarcelado: unámonos á él, y oremos humildemente

(1) Esta oracion ya la conocen nuestros lectores.

por él mismo, por la Iglesia, por la España y sus necesidades: purifiquemos nuestra conciencia por medio del Santo Sacramento de la Penitencia, en la seguridad de que Dios siempre escucha al corazón contrito y humillado: aspiremos á recibir á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía con aquella devocion y fervor con que lo hacen las almas justas: no abriguemos duda en que como es fuente de las gracias se dignará concedernos las que le pidamos.

Los ayunos que en los días marcados del Adviento debemos practicar segun las últimas disposiciones de la Iglesia, tambien, aunque sean obras preceptuadas, podemos aplicarlas con el fin de que el Señor escuche nuestras oraciones. El que por imposibilidad verdadera no pueda practicar los ayunos, bien podrá hacer alguna limosna, aunque sea cercenando alguna cosita de las mismas necesidades naturales, porque si tratamos de las facticias, estas deben suprimirse para acudir al precepto de la limosna, que á todos nos obliga, aunque no pueda señalarse ni la época ni la cuota.

Redimamos nuestros pecados con limosnas, amados hijos, que es precepto emanado del mismo Espíritu Santo. La limosna constituye un tesoro en beneficio de nuestra alma: nosotros necesitamos la limosna de la misericordia de Dios; si nosotros depositamos la nuestra en manos del pobre, el señor depositará la suya en nuestros corazones.

¡Ojalá, amadisimos hijos, que penetrados vosotros de cuanto acabamos de indicar, procureis ponerlo en ejecucion y sepamos todos interesar en nuestro favor á María Santísima Inmaculada, para

que renovándonos en la ternura de su amor y filiación, también veamos renovados en nosotros mismos, en nuestra amada patria y en la Iglesia los efectos de su maternal cariño y protección!

Os enviamos á todos la santa bendición. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Dado en nuestro palacio arzobispal de Valencia á 21 de Noviembre de 1873.

Mariano, Arzobispo de Valencia.— Por mandado de S. E. I. el Arzobispo, mi señor, *Bernardo Martin*, canónigo secretario.»

CRÓNICA.

ACTO CATÓLICO.—La Juventud Católica tuvo la satisfacción de reunir el lunes 18 en la Iglesia de San Martín un numeroso y ferviente concurso de todas clases, estados y condiciones, pero entre las cuales descollaba la juventud, que se prosternaba al pie de los altares de María.

El celosísimo y bondadoso Párroco de aquella iglesia distribuyó la Sagrada Comunión á los académicos y socios de la Juventud Católica y á los profesores y discípulos de los Estudios de la Asociación de Católicos, y luego á una numerosa multitud de fieles.

En la Misa solemne ofició de Pontifical el Sr. Obispo de Archis, (auxiliar de Toledo), pronunciando un fervoroso sermón el Sr. D. Estanislao Almonacid, académico de la Juventud Católica y capellán del Oratorio del Olivar.

La solemnidad del día recibió su com-

plemento en la sesión extraordinaria que celebró la Juventud Católica por la noche.

Abierta á las ocho y media, bajo la presidencia de los dignísimos párrocos de San Martín y San José y del vicepresidente de la misma, Sr. Barsi, leyó el secretario Sr. Lázaro una Memoria de los actos de la Academia en el pasado curso, que fué notable por la galanura de la frase y la belleza de las formas.

El discurso inaugural estaba á cargo del presidente Sr. Godró, el cual dió una prueba mas de la magnificencia de formas y la profundidad de conceptos en que rebosa la oratoria del jóven y elocuente académico.

Después recitaron bellas poesías los Sres. Rosanes, Vargas, Combran, Fernandez Pino, académico de Valladolid, y Lázaro. Además leyó el Sr. Orti la magnífica oda á Pío IX, del Sr. D. Gabino Tejado.

Prosiguen las persecuciones religiosas en Alemania. El tirano no se encuentra satisfecho.

Los Obispos de Paderborn, y de Tréveris acaban de ser condenados á fuertes multas por el ejercicio de su jurisdicción. También el Arzobispo de Posen ha sido condenado de nuevo.

El emperador Guillermo, sin embargo, debía pensar que se halla muy cerca del sepulcro, según aseguran los periódicos no asalariados de Alemania.

Alentado el partido católico alemán por el éxito que ha obtenido en las elecciones del parlamento prusiano, se

prepara con gran entusiasmo para las próximas del parlamento alemán.

En cambio muchos diputados liberales y progresistas no se presentarán candidatos por haberles quitado las dietas.

De Las Provincias, de Valencia, del 14:

«A las cuatro de la tarde de ayer salió de nuestra ciudad, para embarcarse y pasar á Roma, nuestro señor arzobispo. Un vuelo general de campanas anunció al pueblo la noticia, y poco rato despues salia en carruaje S. E., acompañado de gran número de autoridades eclesiásticas.

La gente le saludaba con respeto y con la consideracion que se debe á quien ha merecido la señalada honra de ser elegido cardenal.»

Tambien refieren los periódicos la espantosa catástrofe acaecida en el vapor francés «Villa del Havre,» magnífico buque que hacia el viaje de Nueva-York á Francia con 314 personas, embestido en alta mar involuntariamente por otro vapor inglés, el «Loch-Earn.» En diez minutos se declara el naufragio: los pasajeros sobrecubierta se abrazan y se exhortan á morir cristianamente; una jóven de veinte años dice sollozando á su madre: «¡Valor, madre mia! despues de algunos minutos entraremos juntas en el cielo.» Un sacerdote católico va de grupo en grupo dando á todos la santa absolucion que todos piden á voces, y exhortando á la serenidad y á poner la vida en manos de Dios. Solo un punto repugnante aparece en el fondo de este sublime cuadro. Un

español, apóstata de su fé y de su misterio, Carrasco, harto conocido por desgracia en Madrid, por haberse pasado despues de la revolucion á la herejía de Lutero, volvía de los Estados-Unidos en donde habia asistido á un conciliábulo protestante en daño de la fé de su patria. Aquel infeliz desertor que viajaba en son de guerra contra el Catolicismo murió allí ahogado, y los periódicos no nos dicen que se convirtiese de sus errores. ¡Terribles juicios de Dios!

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y media. En Santa Maria misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las ocho y media.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho.

Miércoles.—Vigilia y ayuno con abstinencia de carne. A las diez de la noche dan principio los Maitines solemnes de la Natividad de N. S. Jesucristo.

Jueves.—En la Colegial por la mañana á las diez *tercia* solemne y misa conventual con capilla, y por la tarde á las cuatro se espondrá S. D. M. y dará principio el octavario del Niño Jesús rezándose el santo rosario, seguirá el sermón que predicará D. Florentino de Zarandona, canónigo, ejercicio, letanía del Santísimo Sacramento y reserva terminando con los gozos del Niño Jesús, En este dia, el Domingo y el último del octavario habrá adoracion despues de la reserva. En los dos siguientes predicarán el lic. D. José Sanchiz, doctoral, y D. Vicente Morell, teniente cura. En las demás iglesias los oficios de costumbre.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho.